

**J. Francisco Guerrero López**

***La Hermandad  
de Huntsville***

ediciones  
del Genal

# 50

1969-2019  
ENTRE LIBROS  
EN LA CIUDAD DE MÁLAGA

ediciones  
del Genal

©J. Francisco Guerrero López

Colección Narrativas Puerta de Buenaventura n.º 7

**Autor:** J. Francisco Guerrero López

**Título:** *La Hermandad de Huntsville*

**Maquetación y diseño de portada:** J. Cobos

**Retrato del autor:** Juan Antonio Herrera Fernández

**Fotografía de Contraportada:** *Archivo fotográfico del colegio San José de Campillos.*

**Edita:** Promotora Cultural Malagueña

**Coordina:** Ediciones del Genal

**Colabora:** Librerías Proteo y Prometeo

**ISBN:** 978-84-17604-66-0

**Depósito Legal:** MA 310-2019

*Impreso en España/Printed in Spain  
Málaga, 2019*

**J. Francisco Guerrero López**

***La Hermandad  
de Huntsville***

*A mi amigo Rafael Segovia Pérez, que vivió siempre  
en el lado más salvaje de la vida.*  
In memoriam

*A todas las personas que, en algún momento de sus vidas,  
estuvieron en el colegio San José de Campillos,  
especialmente a Fernando Barceló Miró  
y a José Luis Rico García.*

## NOTA DEL AUTOR

Aunque mi estancia en el colegio de San José de Campillos fue muy breve, fue la mejor, con diferencia, de los casi nueve años que estuve interno en diversos colegios, todos ellos religiosos —excepto *Campillos*—.

Es cierto que en *Campillos* se recurría, a veces, al castigo, pero siempre estaba relacionado con alguna gamberrada. No era algo arbitrario y sistemático; había una causa y un efecto. Y no siempre nuestras acciones, a veces vandálicas, recibían un castigo.

En cualquier caso, siempre han permanecido con entrañable cariño en mi memoria, los amigos con los que coincidí durante el corto período de tiempo que permanecí en ese centro. Y he de confesar también que, con frecuencia, he recordado con admiración y nostalgia, a los profesores, a los *inspectores*, al médico, al conductor de la furgoneta, a las limpiadoras, a los *búhos*, al personal de la cocina y al fundador y primer director de ese internado.

Me gustaría recordar que este texto que sigue a continuación no es un libro de memorias ni un libro histórico sobre el centro sino una novela; un universo de ficción que no está necesariamente sujeto a las reglas de la verosimilitud sino al mundo de la fantasía. En ese sentido, cualquier parecido con la realidad, en lo concerniente a *Campillos*, en esta novela, es pura coincidencia, salvo acontecimientos puntuales y algunos personajes y motes aislados.

Antes de terminar esta breve nota, quiero agradecer a doña Lucía Romero Franco, actual directora del colegio San José de Campillos, la disponibilidad y amabilidad con la que ha permitido el uso de la foto sobre el colegio que aparece en la contraportada.

*Todavía me parece ver a mi pequeña personilla en la habitación apenas iluminada, sentado, con la cabeza entre las manos y escuchando la dolorosa melodía (...) y estudiando. Me veo también con los libros cerrados a mi lado y oyendo a través de aquella música los ruidos habituales de mi casa, o el soplar del viento en la llanura (...) y sintiéndome muy triste y muy solo. Me veo metiéndome en la cama, entre todos aquellos lechos solitarios, y sentándome en ella a llorar de deseo por una palabra cariñosa (...). Y luego, a la mañana, me veo bajando la escalera y mirando a través de un tragaluz que la ilumina, la campana de la escuela, suspendida en lo alto, con la veleta encima y pensando en cuándo sonará...*

Charles Dickens. *David Copperfield* (1850).  
Primera parte. Capítulo V, *Me alejan del hogar*,  
página 48. Biblioteca Dominio Público.

## 1. ALCATRAZ

Parecía que estábamos presos en Alcatraz, esa legendaria roca rodeada de las aguas heladas de la bahía de San Francisco.

Alcatraz, querido Julián, esa prisión flanqueada por escarpados acantilados donde el mar se retuerce salvaje y donde abundan los nidos de las aves marinas. Aunque, en nuestra Alcatraz, lo más parecido a una formación rocosa era aquel cerro ondulado que veíamos desde los patios, había mañanas en las que una espesa niebla rodeaba nuestro internado, igual que la niebla envuelve a toda la bahía de San Francisco y solo se ve la parte superior de las enormes torres de color naranja del Golden Gate.

En Alcatraz los presos llevaban uniformes azules y deambulaban sin rumbo por el patio. ¿Te acuerdas Julián de que nosotros también llevábamos nuestros trajes? ¿Y recuerdas cuando caminábamos de un extremo a otro de los patios como esas fieras que se desplazan desesperadas por el interior de sus jaulas?

Qué aspecto tan ridículo teníamos con aquellos guardapolvos marrones, esa especie de babero sucio y con los bolsillos llenos de agujeros quemados por las colillas encendidas que nos tiraban mientras alguien, riéndose, preguntaba cerca de nosotros: «¿Arde París?».

¿Recuerdas, Julián, a los presos que se escaparon de Alcatraz? ¿Te acuerdas de Frank Morris y de los hermanos John y Clarence Anglin?



Eran nuestros ídolos y nos sabíamos de memoria cómo habían estado planificando la huida; durante un año analizaron todas las posibilidades intentando ver cuáles eran las partes más vulnerables de aquella fortaleza. Descubrieron que las celdas de la Roca tenían una pared muy débil justo al lado de los conductos de la ventilación, así que, con cucharas y tenedores, cogidos pacientemente durante meses del comedor, fueron ampliando el conducto hasta que por la abertura —disimulada cada día con un cartón— pudieron realizar varias tentativas de huida antes de su evasión definitiva.

En el mayor de los secretos, fabricaron cabezas con papel, jabón, pinturas y yeso. Finalmente, les injertaron cabellos humanos recogidos de la barbería y lograron que el parecido con sus rostros fuese asombroso.

¿Te acuerdas de qué manera nos impresionó ver las fotografías de esas cabezas? ¿Y recuerdas que construyeron una balsa con impermeables que fueron guardando durante semanas y que también fabricaron unos toscos chalecos salvavidas?

¿Y cómo olvidarnos de la noche del 11 de junio de 1962? Esa noche, los hermanos Anglin y Morris salieron por la salida de la respiración y llegaron a la azotea, luego bajaron por las cañerías y saltaron varias tapias. A los pocos minutos ya se encontraban en la orilla de la playa y con un acordeón inflaron la balsa. Nunca supimos a qué hora exacta se lanzaron con la balsa a la bahía, pero lo que sí sabíamos es que si salieron antes de las 23:00 horas no hubieran podido sobrevivir por las fuertes corrientes marinas que se producen en esas aguas gélidas y que la marejada hubiera alejado de forma irremisible su pequeña embarcación, adentrándola en el océano.

Nosotros siempre tuvimos la esperanza de que los fugados hubieran observado el ritmo de las corrientes y de que supieran que, saliendo entre las 23:00 y las 12:00 horas, una de esas corrientes marinas los llevaría directamente cerca de la tierra, a una pequeña bahía al norte del puente del Golden Gate que quizá contemplaron, desde el mar, emergiendo de la niebla.

Los fugados tenían un cociente intelectual bastante alto y es posible que un detalle como el de las corrientes no les hubiera pasado desapercibido, ¿no crees, Julián? Pero, por una razón o por otra, nunca más se supo de ellos, ni se encontraron sus cadáveres, aunque en la isla de El Ángel, a solo unos pocos kilómetros de la orilla de la que habían partido, se hallaron restos de la balsa y, flotando en la bahía, algo de dinero y papeles con direcciones de amigos de los presos.

Nosotros nunca creímos la versión oficial que decía que se habían ahogado. Según dijo la policía, en julio, la tripulación de un barco noruego manifestó haber avistado un cadáver en descomposición con el mono azul que se usaba en la Roca. Pero nosotros pensábamos que, si se hubieran ahogado, ¿porqué tantos años después, seguía existiendo una orden de búsqueda y captura sobre ellos?

No solamente tú y yo estábamos convencidos de que esa escapada de leyenda tuvo éxito, sino que ningún miembro de la Hermandad de Huntsville dudaba de que esos presos legendarios lograron arribar a la costa y que llevaban una vida normal con identidades falsas y con el aspecto físico cambiado por la edad.

¿Te acuerdas de aquel sábado en el que vimos en la sala de la televisión del internado un documental sobre las pri-

siones de EE. UU.? A partir de ese momento ya nunca más nos sentimos en Alcatraz sino en Huntsville.

No sé si te llegan mis pensamientos y recuerdos a ese mundo donde se supone que estás, pero es posible, que alguna parte de tu consciencia se acuerde de ese gigantesco sistema penitenciario mucho más parecido a nuestro internado que la roca de Alcatraz.

Cómo recuerdo, querido amigo ausente, lo que tantas veces comentábamos todos los miembros de la hermandad sobre las similitudes de esa prisión, situada en un pueblo cercano a Houston, con nuestro colegio.

La mitad del pueblo donde estaba esa cárcel del estado de Texas vivía de ella, y los presos criaban una granja de pollos de los que se alimentaban. Muchas personas del pueblo donde se encontraba nuestro colegio también subsistían gracias a él, y cerca del mismo existía aquella granja de aves que tú decías que eran la evolución de los dinosaurios, cuando devorábamos los pollos procedentes de esa granja, en las comidas. En nuestro Huntsville, al igual que en el auténtico, había unas instalaciones donde almacenaban alimentos para el ganado, una granja de cerdos y una fábrica de embutidos.

Desde donde estás, si es que te hallas en algún lugar, ¿hueles aún a los excrementos de las aves como también hacían los presos de la auténtica Huntsville? ¿Todavía te llega el pesado gorgoteo de los pavos y el sonido de los gallos cacareando al amanecer? ¿Te llega todavía ese olor a pimentón y a carne cruda cociéndose?

Nunca pudimos olvidar el internado, ni siquiera años después de haberlo abandonado, ¿verdad, Julián? Seguro que te estás sonriendo, enarcando una ceja, recordando la estancia en nuestro Huntsville.

Sí, ya sé que éramos niños conflictivos y que por eso nos llevaron a ese colegio con aspecto de colonia penitenciaria, tan parecida a Huntsville, que en nuestro internado también aullaban varios tipos de sirenas preparándonos para el zafarrancho de combate. Incluso, escuchábamos, a veces, nuestros nombres y apellidos por la amenazadora megafonía de los patios convocándonos ante el director-alcaide.

¿Y recuerdas aquellas hostias que nos pegaban los inspectores y el pavor que le teníamos al director, aquel hombre que tanto respetábamos, tan alto, con esas manos tan enormes y esas espaldas tan anchas? ¿Te acuerdas de cuando gritabas «¡ahí viene el Sheriff!» al escuchar cómo se acercaba patrullando en su vespino?

¿Y te acuerdas de aquellos celadores que se quedaban a dormir en el colegio a los que llamábamos los búhos? ¿Y te acuerdas del Cabezón, aquel búho que espantaba a los murciélagos cada noche?

No sé si en la prisión de Huntsville había nidos de pájaros como en Alcatraz, ni si se posaban los gorriones heridos en las ventanas de las celdas, pero algunas noches entraban murciélagos desorientados en nuestros barracones, ¿lo recuerdas, Julián?

No tengo ni idea de en qué mundo estás ahora, pero puede que, desde ese lugar, rememores el vuelo sin sentido de aquellos murciélagos —tan extraviados como nosotros en el internado—, que se aventuraban a sobrevolar ese cielo silencioso y oscuro que envolvía el colegio como una asfixiante cúpula de la que queríamos huir.

¿Recuerdas cuando descubrimos que el Cabezón formaba parte de la red de espionaje del colegio?

Qué pronto percibimos que, al igual que en Huntsville, el director-alcaide tenía a su servicio un eficiente sistema de indagación. De una forma calculada nos daban confianza y luego nos preguntaban cosas anodinas que poco a poco iban concretándose en información fidedigna. Era una especie de interrogatorio encubierto. A las pocas horas el Sheriff lo sabía todo. Y más de una vez tuvimos que ir a declarar a su despacho para someternos a un interrogatorio con aquel hombre que tanto nos imponía y que estaba dotado con aquella voz de ultratumba que nos intimidaba.